

Universidad de La Laguna
Facultad de Educación

Trabajo Fin de Máster
Máster en Estudios Pedagógicos Avanzados

LA EDUCACIÓN LENTA
Por una velocidad apropiada

Nombre de la Alumna: Isabel María Gallardo Sánchez
Nombre de las Tutoras: Yasmina Álvarez González (yalvarez@ull.edu.es)
y María Lourdes González (mlgonzal@ull.edu.es)

Curso Académico: 2019-2020
Convocatoria: Marzo

DECLARACIÓN DE NO PLAGIO.

D./Dña. Isabel María Gallardo Sánchez con NIF 47335856Q, estudiante de Máster de Estudios Pedagógicos Avanzados en la Facultad de Educación de la Universidad de La Laguna en el curso 2019-2020, como autora del trabajo de fin de máster titulado La Educación Lenta y presentado para la obtención del título correspondiente, cuyas tutoras son: Yasmina Álvarez González y María Lourdes González.

DECLARO QUE:

El trabajo de fin de máster que presento está elaborado por mí y es original. No copio, ni utilizo ideas, formulaciones, citas integrales e ilustraciones de cualquier obra, artículo, memoria, o documento (en versión impresa o electrónica), sin mencionar de forma clara y estricta su origen, tanto en el cuerpo del texto como en la bibliografía. Así mismo declaro que los datos son veraces y que no he hecho uso de información no autorizada de cualquier fuente escrita de otra persona o de cualquier otra fuente.

De igual manera, soy plenamente consciente de que el hecho de no respetar estos extremos es objeto de sanciones universitarias y/o de otro orden.

En San Cristóbal de La Laguna, a 11 de marzo de 2020

Fdo.: Isabel María Gallardo

Resumen

En el presente Trabajo Fin de Máster (TFM) se ha realizado una aproximación al concepto de la educación lenta, analizando sus antecedentes, principales ponentes, principios, ventajas y obstáculos en base a la revisión bibliográfica realizada. El trabajo se centra en la aplicación de medidas para ralentizar el proceso educativo en la escuela, pero muchas de dichas propuestas son aplicables más allá del aula. La educación lenta pertenece a las nuevas corrientes pedagógicas que están surgiendo en este nuevo siglo, para dar respuesta a la situación de celeridad en la que se encuentra inmersa la educación. Es decir, se trata de una manera de entender la educación que difiere con la práctica que se aplica hoy en día en casi todos los centros educativos y busca la mejora de las relaciones educativas. Aunque pueda sonar utópico, la implantación de la cultura de la ralentización en el ámbito educativo es una realidad gracias al trabajo de profesionales a título individual, siendo necesario el contagio al resto de integrantes.

Palabras claves: educación lenta, ralentización, educación, pedagogía.

Abstract

This master's thesis, considers the concept of slow schooling, analyzing its background, main speakers, principles, advantages and disadvantages based on a literature review. The thesis focuses on the application of measures to slow down the educational process in school, but many of these proposals are applicable beyond the classroom. Slow Schooling belongs to the new pedagogical thoughts emerging this new century, in response to the prevailing emphasis on speed education. It is a way of understanding education that differs from current applied practice in almost all schools and it seeks to improve educational relationships. Although it may sound utopian, the implementation of the slowdown culture in the field of education is a reality thanks to the work of individual professionals. Benefits would arise from more widespread application and number of professional practitioners.

Keywords: Slow Schooling, slowdown, education, pedagogy.

ÍNDICE

1. Introducción	5
1.1. Justificación	7
1.2. Objetivo general	7
1.3. Objetivos específicos	8
1.4. Elementos comunes de los movimientos de la lentitud	8
2. Marco teórico	10
3. La educación lenta	14
3.1. La escuela y su evolución	14
3.2. Principios de la educación lenta	17
3.3. Defensa de la educación lenta	29
3.4. Rechazo a la educación lenta	30
4. Conclusiones	32
5. Bibliografía	34

1. Introducción

El ser humano siempre ha estado sometido al poder del tiempo. La medición del tiempo con distintos relojes (de sol, de agua y arena, mecánico) permitió una mayor organización diaria a la vez que un control más preciso. El uso del reloj y el avance tecnológico, favoreció la expansión del apresuramiento a todas las esferas de la vida. A finales S.XIX, el estadounidense Frederick Taylor fue uno de los precursores de las primeras teorías de la organización científica del trabajo, cuya finalidad era aumentar la productividad. Aunque en sus inicios fue bien acogida por empresarios y trabajadores, el sistema empezó a resentirse, a causa del descontento de los trabajadores (monotonía, cansancio, fatiga). A pesar de todo ello, el pensamiento occidental ha quedado señalado por dicha filosofía tanto en la esfera laboral como personal (Honoré, 2005).

Michael Schwarz (1999) señaló es posible que Taylor muriese lleno de oprobio, pero probablemente se rio el último porque sus ideas acerca de la eficiencia han llegado a definir nuestra manera actual de vivir, no sólo en el trabajo sino también en nuestra vida personal (Honoré, 2005, p.40).

El descontento generalizado de la sociedad, ha dado lugar a al surgimiento de diversos movimientos con una columna vertebral común: el rechazo a la celeridad; siendo necesario el regreso del tiempo “natural”, a hacer las cosas cuando a uno le apetece y no cuando lo marca un reloj (Honoré, 2005).

El movimiento internacional Slow Food defiende que es indispensable cultivar, cocinar y consumir los alimentos de una manera relajada. Así, apuesta por la agricultura ecológica, por los productos frescos y locales de temporada, por la biodiversidad, por la preparación de platos siguiendo las recetas tradicionales y la vuelta a la mesa para cenar rodeado de seres queridos (Honoré, 2005). “(...) Estamos esclavizados por la velocidad y todos hemos sucumbido al mismo virus insidioso: vivir rápido, una actitud que trastorna nuestros hábitos, invade la intimidad de nuestros hogares y nos obliga a ingerir la llamada comida rápida” (Honoré, 2005, p.28).

Esta filosofía de vida está ampliándose a muchos ámbitos. Así, en el trabajo, cada vez más personas intentan lograr horarios más flexibles que les permitan equilibrar la vida familiar y laboral. “No podemos afirmar que seamos gente lenta – expresan-, pero sí que somos gente que quiere ir más lenta por la vida y que desea promover la desaceleración de los procesos de producción y consumo en nuestras sociedades” (Honoré, 2005, p.167).

En el plano sanitario, está aumentado el número de usuarios que cansados del “virus de la prisa” de los médicos convencionales, buscan en la Medicina Complementaria y Alternativa (MCA), llamada también Medicina Tradicional y Complementaria (MTC), tales como homeopatía,

herbología, acupuntura, aromaterapia... alivio a sus males. Cada vez son más los médicos convencionales que aceptan la “medicina integradora”, es decir, la unión de los tratamientos occidentales y las terapias lentas más eficaces. Gracias a la MCA se está produciendo una enorme difusión de actividades como el yoga, taichí... en el terreno deportivo. “Cuando prestas a tus pacientes tiempo y atención, la relajación que eso les proporciona puede curarlos” (Honoré, 2005, p.161).

En las relaciones sexuales, Slow Sex trata de erradicar el apresuramiento del dormitorio, por medio de prácticas como el tantra, se busca incrementar la experiencia sexual, permitir vivir con una mayor libertad, ayudando a desarrollar los sentidos y la manera de amar a los demás.

En muchas ciudades, el movimiento Slow Cities está renovando el paisaje urbano gracias al aumento de las zonas verdes, a la peatonalización de parte de sus calles y zonas céntricas, con la finalidad de estimular a la gente a pasear y caminar más, en detrimento del uso de vehículos a motor, alcanzando un equilibrio urbanístico entre lo moderno y lo tradicional. Unido al “éxodo urbano”, es decir, la vuelta a los pueblos y zonas rurales son una alternativa al ritmo frenético de las grandes ciudades.

Estamos en búsqueda de ciudades animadas por personas que se toman el tiempo de disfrutar cierta calidad de vida. Ciudades en las que se aprecia la calidad de los espacios públicos, de los teatros, tiendas, cafeterías, hostales, monumentos históricos, y los paisajes no contaminados. Ciudades donde el conocimiento artesanal es utilizado cotidianamente, y en las cuales la lentitud, la sucesión de las estaciones se reflejan en la disponibilidad de productos locales según la época del año, ciudades donde la alimentación es sana, el modo de vida es sano, en fin, donde se disfruta de la vida, temas que deben ser fundamentales para la comunidad (Asociación Cittaslow, 2017).

En la actualidad la velocidad se ha trasladado también a las escuelas, en la que el apresuramiento rige el funcionamiento normal y diario en el aula, premiando aquello que es conseguido sin apenas esfuerzo y que se logra de forma inmediata. Para atajar este problema, el movimiento Slow Schooling fomenta la lentitud en la actividad docente, es decir, trata de restar importancia a los exámenes, a los objetivos, a los horarios... para ofrecer una mayor libertad y actitud activa del alumnado respecto a su propio aprendizaje. La educación lenta es una forma de entender la educación diferente a como lo hacen la mayoría de las instituciones educativas, buscando su mejora, cambio y transformación.

En la escuela normal, siempre te presionan para que seas rápida, para hacerlo todo dentro de un límite de tiempo determinado... Prefiero estudiar en Apple Tree porque aquí puedo controlar mi horario y aprender a mi ritmo. Aquí no es un delito ser lento (Honoré, 2005, p.263-264).

Como se puede observar, la clave de todos estos movimientos está en la educación. No se debe pensar exclusivamente en la institución educativa, sino que la educación, el proceso de

“educar en la lentitud”, impregna todas las esferas de nuestra existencia, buscando la mejora de la calidad de vida.

1.1. Justificación.

Con este Trabajo Fin de Máster se quiere resaltar la necesidad de aplicar esta nueva corriente educativa, la Educación Lenta, como posible solución a los problemas a los que se enfrenta el sistema educativo actual. Hoy en día, el alumnado se encuentra inmerso en un mundo en el que priman las nuevas tecnologías, la competitividad, la eficiencia... y en el que es necesario actuar con rapidez, es decir, cada vez se encuentran más ocupados, con más horas presenciales en las escuelas, pero éstos tienen menos oportunidades para aprender sin apenas tiempo para asimilar los conocimientos. Honoré (2005) indicó “más, antes y más rápido no son sinónimos de mejor” (Doménech, 2009, p.14). La defensa de esta afirmación en cualquier ámbito de la vida, pero especialmente en aquel que compete, el ámbito educativo, es lo que se expone en este trabajo.

Puede que la educación lenta no sea el antídoto a todas las dificultades que está atravesando el sistema educativo, pero al menos puede servir para paliar esta corriente de aceleración constante, ya que la educación lenta respeta el ritmo de aprendizaje de cada sujeto y la duración de cada tarea, a través del tiempo para la reflexión, la experimentación y el autoconocimiento de cada individuo y su entorno. “Ser lento significa no apresurarse jamás, no esforzarse intrépidamente por ahorrar tiempo sin más finalidad que la de ahorrarlo. Significa permanecer sosegado e imperturbable incluso cuando las circunstancias nos fuerzan a acelerar” (Honoré, 2005, p.281).

1.2. Objetivo general.

El objetivo general de este trabajo es:

Reflexionar sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje actual y de las posibles mejoras educativas al aplicar la pedagogía lenta.

1.3. Objetivos específicos.

Los objetivos específicos son:

- Reconocer los beneficios de aplicar la lentitud tanto en las actividades educativas como en otras facetas de la vida diaria.
- Conocer los principios generales por los que se rige la educación lenta.
- Identificar los principales precursores del movimiento por la lentitud en el campo educativo.

1.4. Elementos comunes de los movimientos de la lentitud.

Todos estos movimientos lentos (Slow Food, Slow Sex, Slow Cities, Slow Schooling, la medicina tradicional y complementaria) parten de una preocupación de diversos sectores de la población, y entre las características que los identifican se pueden resaltar: la búsqueda del tiempo justo, la persistencia en la calidad, la devolución del tiempo a las personas, el trabajo centrado en el presente, teniendo en cuenta el pasado y pensando en el futuro y el posicionamiento crítico de la sociedad actual.

- La búsqueda del tiempo justo.

Levine (1997) señaló que la mejor respuesta a la pregunta ¿cuál es el mejor ritmo de vida? bien puede ser la de tener la habilidad para actuar con rapidez cuando la ocasión lo requiere. Aflojar cuando termine la presión y comprender las muchas tonalidades de gris que ello implica (Domènech, 2009, p.49-50).

Por regla general, una disminución de la velocidad será algo beneficioso en la mayoría de las actividades de la vida cotidiana, y lo que hace falta es relativizar la idea de que los acontecimientos tengan que ser prisioneros del tiempo que se dispone. Es decir, es el tiempo el que debe ajustarse a los requisitos de cada actividad y de cada contexto, y no al revés, cosa que ocurre muy a menudo.

En ocasiones, la lentitud induce a la inactividad, a no tomar decisiones. Hay momentos en el que hay que resolver con rapidez una situación. No se trata de hablar de lentitud sin distinción. Por lo tanto, no es un movimiento en contra de la velocidad, el tiempo justo significa buscar el tiempo adecuado para realizar con éxito cada evento.

- La persistencia en la calidad.

Para que una actividad sea calificada como exitosa, es imprescindible que prime la calidad frente a la cantidad, esto es, los movimientos que reclaman la lentitud insisten en tener en cuenta lo que de verdad se hace frente al número de actividades que se hacen. Ciertos comportamientos culturales de la actual sociedad han hecho que se consideren naturales procesos que están muy alejados de ser comportamientos deseables.

- La devolución del tiempo a las personas.

Para alcanzar dicha calidad en cada actividad, es preciso devolver tiempo a las personas. Así, y a modo de ejemplo, el Slow Food recupera tiempo para conversar entorno a la mesa, retoma la actividad de los pequeños huertos ecológicos; las ciudades lentas, fomentan las relaciones personales entre la vecindad y el cuidado del entorno; la educación lenta reclama la liberalización del tiempo del alumnado en mejora de su proceso de aprendizaje.

- El trabajo centrado en el presente, teniendo en cuenta el pasado y pensando en el futuro.

Todas las corrientes en defensa de la lentitud poseen un enfoque integrador del pasado, el presente y el futuro. Una visión que pasa por la insistencia en la importancia del presente, pero sin dejar de lado lo mejor que haya podido pasar en el pasado y, sobre todo, las consecuencias que las acciones tienen sobre el futuro. En otras palabras, se trata de recuperar aquellos aspectos del pasado que aún hoy pueden servir para construir un mundo más humano.

- El posicionamiento crítico de la sociedad actual.

Los movimientos Slow plantean una nueva mirada sobre la sociedad, representando pensamientos muy críticos con significativos aspectos que afectan a la vida de los individuos y la sociedad en su conjunto. No están adscritos a ninguna corriente política concreta y reivindican la calidad de vida del conjunto de la humanidad frente a los efectos negativos de las políticas neoliberales de la sociedad. En definitiva, se trata de una reivindicación social y globalizada en auxilio de la lentitud. “Un mundo realmente lento requiere nada menos que una revolución del estilo de vida” (Honoré, 2005, p.29).

Hasta este momento se ha realizado un breve recorrido del movimiento Slow en diferentes ámbitos de la vida, para a continuación centrarse en la aplicación del movimiento lento en el ámbito educativo.

2. Marco teórico

La educación lenta forma parte de las pedagogías alternativas que dirigen la innovación educativa en la actualidad. Esta educación emana de las pedagogías progresistas, la Escuela Nueva y los movimientos de renovación pedagógica del S.XX. Así, cabe destacar la figura de Jean Jacques Rousseau, por ser el autor que más reflexionó sobre la filosofía de la lentitud.

Jean Jacques Rousseau (1971) señaló, haced que vuestro alumno dedique atención a los fenómenos de la naturaleza y pronto despertaréis su curiosidad, pero para alimentarla no os deis prisa en satisfacerla. Poned a su alcance las cuestiones y dejad que las resuelva, que no sepa algo porque se lo habéis dicho, sino porque lo haya comprendido él mismo; que invente la ciencia y no que la aprenda (Carbonell, 2015, p.148).

Dentro del movimiento de la Escuela Nueva, autores como John Dewey acusaba a la institución escolar de fomentar la competitividad entre el alumnado; Adolphe Ferrière rechazaba sobrecargar el plan de estudios y, María Montessori se oponía a la búsqueda incansable del mejor rendimiento académico y defendía rescatar el espíritu humanista.

Otro referente, Giner de los Ríos, en la Institución Libre de Enseñanza, criticaba la utilidad del examen como instrumento de evaluación.

Giner de los Ríos (1905) indicó que todas las críticas ponen un gran interés en condenar el mecanismo nivelador del examen. Por sus resultados, se pone en la “hoja de estudios” del alumno una etiqueta que en realidad no tiene nada que ver con el estudio, ni con las aptitudes del interesado, excepto para examinarse. Saber no es lo mismo que responder a un programa. El objeto es tan distinto como las facultades que exigen respectivamente uno u otro fin (Carbonell, 2015, p.149).

En consonancia con las características comunes de los movimientos de la lentitud, todas estas pedagogías que se acaban de citar representan el pasado de las corrientes educativas lentas, que condicionan el presente y construirán el futuro.

El conjunto de pedagogías educativas entre las que se encuentran críticas, no directivas, lentas, inclusivas, centradas en las inteligencias múltiples...enfatan cada una en un aspecto educativo concreto, pero a la vez están conectadas por una especie de “tela de araña”, en ocasiones invisible, para trabajar de forma conjunta y compartir determinados espacios. “(...) la insatisfacción con la institución escolar tradicional-convencional y con los valores y contenidos dominantes, y la búsqueda de nuevos horizontes educativos y de nuevos modos de enseñar y aprender” (Carbonell, 2015, p.14). En suma, se tratan de formas de entender la educación que difieren con la práctica que se aplica hoy en día en casi todos los centros educativos y buscan la mejora de las relaciones educativas.

Desde finales de la primera mitad del siglo XX, los países europeos han diseñado reformas educativas que han intentado mejorar el sistema educativo. En el marco de estas reformas

educativas han sido constantes la aceleración, la sobrecarga, la presión sobre el tiempo y su organización.

En el mundo globalizado, caracterizado por la competitividad y lo económico, se ha utilizado el sistema educativo como mecanismo para superar la crisis. Dichas características han afectado al ámbito educativo, a las personas y han contaminado la escala de valores de los ciudadanos.

El valor de la educación calificada como conquista social, reivindicación de las clases populares para conseguir su emancipación, se ha visto transformado, dicho de otra manera, la educación está dejando de ser considerada un derecho ciudadano para ser un producto de consumo.

Desde este punto de vista, la educación pasa a ser un mecanismo más en el progreso social y en la competitividad entre las personas y, por lo tanto, contribuye a perpetuar la desigualdad. “La escuela de la competitividad es una escuela materialista y deshumanizada, que se disfraza de resultados para esconder su fracaso en la contribución a una sociedad más equitativa y justa” (Domènech, 2009, p.15).

En este mercado de la oferta y la demanda es donde se encuentra la educación acelerada, los programas sobrecargados y los objetivos pensados para ser alcanzados antes de tiempo. La principal consecuencia es el aumento de la desigualdad entre las personas porque dichos programas no producen mejoras en profundidad y hacen que sean más grandes las distancias entre el alumnado que tiene unos ritmos de aprendizajes diferentes.

Las continuas reformas educativas han llevado a intensas disputas sobre qué es lo que hay que aprender, qué es lo que hay que enseñar... generando una gran distancia entre la administración y los/las educadores/as, influyendo de manera negativa en el desarrollo del sistema educativo. Ha restado autonomía y cuestionado la profesionalidad del profesorado. En definitiva, aportan presión a la escuela, presión que a menudo no se traduce en mejoras.

A su vez, dichas reformas han segmentado el tiempo en formatos que dificultan planteamientos interdisciplinarios del saber y el aprendizaje, ignorando los distintos ritmos de aprendizaje y las necesidades de los/as alumnos/as. Lo que ha supuesto la imposición de una determinada distribución del tiempo al profesorado, alumnado y familia, olvidando propuestas como la inclusión y la equidad.

Concebir un buen proceso educativo es un antídoto contra la ignorancia, la desigualdad, la violencia, la sumisión, la alienación... En la sociedad del conocimiento actual, el papel de la educación es clave junto a la labor de los educadores. Sin una acción decidida en la educación, la

presente sociedad se convertiría en una sociedad más desigual, más desinformada y más excluyente. En la actualidad, los pocos análisis realizados en ámbito educativo están centrados en aspectos técnicos, recursos utilizados, datos cuantitativos y su evolución... ignorando lo que realmente ocurre cada día en el aula y siendo muy escasas las escuelas que hacen planteamientos más globalizados.

La tecnología parece ser la solución a todos los déficits que la escuela padece y dónde se habla poco del papel del alumno/a, de la incertidumbre del conocimiento o de la necesidad de una buena educación emocional. La tecnología debe estar al servicio de una nueva escuela, una nueva educación y no puede limitar su desarrollo ni condicionar permanentemente la innovación.

En plena sociedad del conocimiento, el debate sobre el tiempo no es una cuestión simple sobre cómo es posible mejorar técnicamente su gestión, sino que es una discusión profunda que inevitablemente, plantea la calidad del sistema y de su utilización, además de tener una dimensión global y plural, que se extiende a toda la sociedad. Es necesaria una nueva manera de entender el tiempo.

Hoy en día “todo pasa tan deprisa que la información, la educación y los aprendizajes también pueden acabar convirtiéndose en objetos de consumo listos para ser adquiridos, y, antes de disfrutar de ellos, los eliminamos o cambiamos” (Educación y entorno, 2012). Muchos de los efectos negativos que hoy se pueden observar en la educación provienen de un tratamiento equivocado del tiempo: currículos inadecuados, sensación constante de falta de tiempo del profesorado y alumnado, dificultades en el desarrollo de una buena atención a la diversidad, aprendizajes desfasados o realizados antes de tiempo, horarios sobrecargados, desvinculación entre el pasado y el presente.

La colonización del tiempo educativo, así como su aceleración constante, lleva a la desaparición de ámbitos educativos claves para el desarrollo integral de la persona. Cuando se habla de desacelerar, se habla también de priorizar y, por lo tanto, de definir aquellas cuestiones que pueden ser más básicas y a las que debe destinarse más tiempo. Sin embargo, no es fácil definir lo que es básico.

La educación lenta se centra en una desaceleración general de la educación, buscando la mejora de ésta y favoreciendo la calidad para todos. Buscar a fondo las claves para la mejora tiene mucha relación con la desaceleración de la educación que se propone. El cambio en el ritmo y en la velocidad que se propone debe impregnar el funcionamiento de las instituciones escolares, pero

también al conjunto de la sociedad, pues el tiempo ha marcado el pasado de la escuela y también marcará su futuro.

Hacer una defensa de la educación lenta tiene sentido en este momento, pues simboliza una alabanza a un modelo educativo entendido como fundamental en el proceso de humanización de la sociedad (Domènech, 2009).

3. La educación lenta

3.1. La escuela y su evolución.

El surgimiento de la escuela se debió a la necesidad de la humanidad por educar a sus hijos e hijas en un espacio y tiempo determinado, fuera del ámbito familiar y ligado a una comunidad más amplia. La escuela ha sido el producto de una sociedad, la cual en cada momento ha buscado satisfacer sus necesidades y expectativas.

Con la llegada de la escuela aparecen también su edificio y su calendario, es decir, a la escuela no se puede ir cuando uno quiera. Pero es gracias al concepto de educación permanente, el cual permite romper esa concepción cerrada, rígida entre tiempo y espacio educativo y el resto del tiempo.

La filosofía de vida que defiende que el acontecimiento debe marcar su duración (kairós) ha sido desbancada por la concepción de que el reloj determina la duración de una actividad (cronos) en la presente sociedad mercantilista, competitiva y deshumanizada. Como rechazo a esta negación del disfrute del tiempo, nacen los movimientos de la lentitud. Así, en el ámbito alimenticio, uno de los mayores defensores del Slow Food, Carlo Petrini, reivindica la necesidad de cultivar, cocinar y consumir los alimentos de manera más relajada. El movimiento Slow food ha sido el germen que ha motivado al resto de movimientos pausados.

En las aulas en 2001, Harry Lewis, decano de la escuela para estudiantes no graduados de Harvard, detectó “(...) el estudiante del siglo XXI se ha convertido en un discípulo de la prisa” (Honoré, 2005, p.252), por lo que redactó una carta abierta a todo el alumnado de nuevo ingreso titulada *Ir más despacio* en la que les pedía un nuevo enfoque de la vida tanto universitaria como fuera de ella. A lo largo del documento, Lewis demostraba las ventajas de aplicar una filosofía basada en la lentitud.

Lewis señaló, al aconsejaros que penséis en ir más despacio y limitéis vuestras actividades estructuradas, no pretende quitaros la ilusión de los grandes logros, de sobresalir todo lo posible -concluye-, pero es más probable que mantengáis el intenso esfuerzo necesario para hacer algo importante si os concedéis períodos de ocio, de diversión y de soledad (Honoré, 2005, p.254).

Inspirado en el movimiento Slow food, en 2002, Maurice Holt, profesor de educación jubilado de la Universidad de Colorado (Denver), hizo público un manifiesto *It's time to start the slow school movement* donde demandaba abordar la enseñanza desde una perspectiva lenta, pues defendía que estudiar a un ritmo más lento, permite explorar los temas en profundidad, establecer relaciones entre los conocimientos y ayuda a pensar no únicamente a aprobar un examen. “In many

aspects of life, doing things slowly is associated with profound pleasure” (Holt, 2002). Denunciaba el poder hegemónico que ejerce la Administración sobre la educación y defendía el trabajo a conciencia que se realiza en el aula, donde prima la libertad de aprender frente a las pruebas estandarizadas, la uniformidad curricular y el aprendizaje memorístico de los conocimientos. (Honoré, 2005). “It is time we devised a fresh scenario that will help our legislators to get their feet on the ground again” (Holt, 2002).

En 2009 Joan Doménech, maestro y director de la Escuela Pública Fructuós Gelabert (Barcelona), en su obra *Elogio a la educación lenta*, trata de definir las líneas que marcan la educación lenta a través del establecimiento de quince principios, reflexionados desde la perspectiva del aula, pero no centrados exclusivamente en el espacio escolar (Carbonell, 2015).

También, en 2009, Daniel Innerarity, en su obra *El futuro y sus enemigos*, diagnostica una nueva enfermedad, el masterismo, resultado del exceso de formación, donde se enseña que hay que aprender a aprender.

Innerarity (2013) indicó que en el masterismo: la abundancia de másteres para aprender a aprender, para saber qué es lo que hay que saber. En ellos se enseña que no renovarse es morir; se exhorta a la adaptación preparación para cualquier eventualidad, o sea, a no saber realmente de nada; el nuevo imperativo es llegar cuanto antes no se sabe muy bien adónde, pero en cualquier caso, antes que los chinos (Carbonell, 2015, p.153).

En Italia, Gianfranco Zavalloni, maestro de educación infantil, en *La pedagogía del caracol* (2011) propone un nuevo itinerario educativo, que permita reflexionar sobre el sentido del tiempo en educación y sobre la adopción de estrategias didácticas de ralentización. “(...) se trata de «perder el tiempo» en el ámbito de la escuela, es decir, de dar con las diferentes estrategias didácticas útiles para la ralentización” (Zavalloni, 2011, p.38).

Y hasta aquí una selección de los principales ponentes del movimiento lento, son todos los que están, pero no están todos los que son (Carbonell, 2015).

Las continuas reformas en el ámbito educativo, han provocado un control de su organización, sus currículos y su distribución temporal sin atender las necesidades educativas de los niños y las niñas, transmitiéndose desde la administración educativa una visión cuantitativa del tiempo y de su organización.

En la escuela se plantea que los/as alumnos/as sigan un ritmo establecido y, supuestamente, bajo el principio de diversidad. Pero si en el proceso de evaluación se penaliza la lentitud, algo no se está haciendo bien. El tratamiento del tiempo es una de las muchas causas del fracaso escolar. No se dice con esto que el tiempo y su utilización sea la única causa, pero llama la atención la interdependencia existente entre el tiempo y el proceso de aprendizaje de cada estudiante.

A todo lo expuesto hasta ahora, se debe sumar la presión social que ejerce el entorno social que la rodea y, concretamente, las familias: los hijos deben aprender a leer y escribir antes que en la escuela, aprender varios idiomas cuanto antes mejor, manejar y controlar la última tecnología, realizar diversas actividades extraescolares... Se considera que hay que dominar todos los aprendizajes cuanto antes mejor, siendo éstos cada vez más extensos.

Esta presión también está presente en la escuela, impregnándose la cultura organizativa escolar de dicho ritmo acelerado cuyo resultado no es otro que “niños hiperactivos, fracaso escolar, asignaturas aburridas y «aborrecidas», repeticiones, abandono escolar, aprendizajes efímeros y superficiales...” (Doménech, 2009, p.64-65), siendo urgente denunciar esta organización tan fragmentada del tiempo educativo.

Hoy por hoy, la educación necesita de un modelo paciente, tranquilo y lento, pues aprender es un proceso que demanda tiempo. A diferencia del aprendizaje memorístico, que no requiere de un tiempo muy prolongado y en el que una vez realizada la prueba éste se olvida, el aprendizaje hecho para ser comprendido, pretende perdurar en el tiempo y está íntimamente relacionado con conceptos como la educación permanente, aprender a aprender y la extensión de la esperanza de vida. Cuban (1993) expuso “(...) la idea de que enseñar, es decir, aprender es escuchar y el conocimiento es lo que pone el libro de texto y se repite en el examen” (Carbonell, 2015, p.10).

Devolver el ritmo adecuado a los aprendizajes es una necesidad para garantizar una educación que realmente responda a las demandas que la sociedad plantea. La escuela de la lentitud es una doctrina que da importancia a los aprendizajes hechos en profundidad y representa un modelo opuesto a la enseñanza centrada en pruebas y exámenes, rechazando, sobre todo, aprender unos conocimientos que serán olvidados con la misma facilidad que fueron adquiridos.

En la búsqueda de alternativas factibles, la educación lenta trata de definir cuáles deben ser las dimensiones del tiempo en la educación. Una de las piezas claves es la perdurabilidad de los proyectos educativos. Es inviable querer construir el presente sin tener en cuenta las experiencias pasadas, además de suponer una manera de malgastar recursos. El presente educativo debe construirse sobre proyectos anteriores. Igualmente, también es imprescindible pensar las consecuencias que para el futuro tienen las actuaciones llevadas a cabo en el día a día.

A medida que la escolarización obligatoria avanza se pueden encontrar diferencias en la configuración del tiempo. Así, mientras que en la educación infantil el tiempo es libre y flexible, al pasar a la enseñanza obligatoria, la configuración del currículo se vuelve más rígida, dividiéndose el tiempo en pequeños fragmentos encadenados de un aprendizaje con otro, a veces sin conexión entre

sí y sin disponer de un minuto para el descanso o la reflexión. La cuantificación del tiempo escolar se ha convertido en uno de los instrumentos de control ideológico y político, pues al controlar el tiempo se intenta delimitar el alcance, la orientación y los contenidos que hay que aprender.

Debido al contexto actual, donde la presión social, la presión familiar, la filosofía que defiende los aprendizajes tempranos, los mitos sobre cómo deben aprender los niños... están impidiendo flexibilizar la velocidad de los aprendizajes, esto es, la necesidad de que los aprendizajes tengan su propio ciclo y sigan su propio ritmo.

Cuando se manifiesta que la educación debe responder a las necesidades de la sociedad, no se hace una afirmación general y confusa, ya que las demandas de la sociedad son múltiples y contradictorias. Así, mientras que hay sectores centrados en aspectos económicos (buscando la eficiencia por encima de los valores, el beneficio, la competitividad...), hay otros tipos de demandas que provienen de la necesidad de formar y educar ciudadanos de una sociedad democrática, que se plantean diferentes las relaciones sociales de trabajo, de acuerdo con los principios de un desarrollo más humano. Por esta razón, la escuela y la educación se encuentran ante una encrucijada.

Esta educación enferma manifiesta la necesidad de encontrar nuevos caminos a los retos actuales, si se desea que los cambios provoquen mejoras sustanciales. No es suficiente con educar, sino que es imprescindible definir en qué dirección se quiere hacer, pues la educación tiene un gran componente moral que determina la orientación que tendrán las futuras actuaciones.

3.2. Principios de la educación lenta.

Partiendo de un presente educativo que da muestras de su flaqueza y debilidad, se vislumbra un futuro incierto, existiendo una necesidad urgente de reformular los principios que permitirán evolucionar hacia el futuro educativo deseado. Así, el movimiento de la educación lenta propone los siguientes fundamentos para aproximarse a la educación entendida desde su concepto más global, es decir, más allá del mundo escolar. Los quince principios que se citarán a continuación, son los propuestos por el maestro Doménech (2009).

- La educación es una actividad lenta.

Por su propia naturaleza, la educación es una actividad lenta. Para que la información pueda transformarse en un conocimiento aplicable a diversas situaciones, requiere superar otros periodos y precisa tiempo. Tiempo para hacer aprendizajes en profundidad, para llegar a comprender procesos y para aprender a aplicarlos a situaciones distintas.

En cambio, aquella información que es apresuradamente memorizada, se evapora con la misma rapidez. Esto está ocurriendo en la escuela actual, donde los contenidos son muy extensos, ajustadísimos al tiempo del que se dispone y el alumnado galopa velozmente de una materia a otra. Asimismo, esta premura está salpicando al entorno familiar, donde las actividades extraescolares invaden todo su tiempo.

Es urgente empezar a ralentizar el ritmo, a reivindicar un tiempo en el que se pueda disfrutar de los aprendizajes, los proyectos. Los/as niños/as han de poder ser niños/as y disfrutar plenamente de todas y cada una de las etapas de su crecimiento tanto en el ámbito educativo como familiar.

La adquisición del conocimiento, para que se afiance bien en la mente de forma duradera necesita tiempo y serenidad, al igual que la lluvia fina (el chirimirí) que va fertilizando el suelo sin causar destrozos. Asimismo, conviene provocar la curiosidad hacia el conocimiento, otro de los tópicos emblemáticos de la innovación educativa (Carbonell, 2015, p.157).

Proporcionar a los aprendizajes el tiempo necesario para que éstos puedan ser asimilados, y no ser superficiales, implica ganar toda la inversión del tiempo que se pueda haber hecho. Por lo tanto, aumentar indiscriminadamente la velocidad no tiene ninguna justificación. Es necesario romper con el pensamiento occidental que rechaza esta idea de la lentitud y ha favorecido la velocidad en todos los procesos. Tal vez por ello leer y escribir cuesta tanto a los jóvenes, porque son actividades pausadas en las que lo que se va aprendiendo acercándose y alejándose a medida que pasa el tiempo, de una forma lenta, todo lo contrario, a los medios audiovisuales y de comunicación, que han elegido la rapidez e inmediatez.

La educación lenta no plantea siempre ir poco a poco, sino que las cosas tienen su tiempo y que acelerar artificialmente el proceso educativo no conlleva ningún beneficio. El tiempo que se necesita para mejorar, cambiar e innovar en la práctica es un tiempo calmado, lleno de pausa.

Esta corriente educativa busca encontrar el ritmo de aprendizaje de cada uno y de cada actividad, y lo respeta, lo estimula y lo potencia. Por ello, no penaliza la lentitud ni busca la homogeneidad en la realización de las actividades. Es una educación que alcanza y comprende aprendizajes y, por lo tanto, estimula verdaderamente las ganas de aprender y dar sentido a los conocimientos alcanzados. Claxton (1999) indicó “la lentitud implica aprender a distraerse, a

observar, a perder el tiempo, en el sentido de saborear el tiempo en que aprendemos” (Domènech, 2009, p.84).

- Las actividades educativas han de definir su tiempo y no al revés.

En los espacios educativos tanto formales como no formales, la medida del tiempo marca de forma mayoritaria el desarrollo de la actividad. Para conseguir buenos aprendizajes, que sean respetuosos con su ritmo real, hay que volver a una concepción en la que las actividades sean las que definan el tiempo necesario para su tratamiento de forma coherente y en profundidad, y no a la inversa. En la sociedad actual en la que el tiempo marca el desarrollo de las actividades, es necesario un replanteamiento global de la percepción ante esta variable.

Para ello, en los aspectos curriculares relacionados con la distribución y organización del espacio y tiempo educativo, se debería ampliar la autonomía de los centros educativos y, por ende, del profesorado, lo que se traduciría en una mayor flexibilidad, al poder el/la profesor/a priorizar en los aprendizajes que considere más relevantes para cada grupo de alumnos/as y, por lo tanto, responder de manera más adecuada a sus necesidades. Ejemplo de la aplicación de este principio, se encuentra en la escuela pública barcelonesa Fructuós Gelabert en la que se han ampliado las franjas horarias que se dedican a cada materia y actividad (Carbonell, 2015).

- En educación menos, es más.

Centrados de nuevo en el currículo oficial, éste recoge los objetivos que hay que alcanzar y los contenidos que hay que aprender atendiendo al nivel académico del alumnado. Pero cuando esto se intenta llevar a la práctica, se detecta que difícilmente son alcanzables debido al exceso de contenidos y objetivos.

La sobrecarga de contenidos y objetivos didácticos no se traduce directamente en más aprendizajes, es decir, un programa educativo colmado de temas conlleva alcanzarlos de forma acelerada y a menudo superficialmente. “Hay un mantra que se repite continuamente en la educación lenta: los resultados no pueden ser el único objetivo de la educación y, como contrapartida, se postula la importancia del proceso” (Carbonell, 2015, p.156).

En educación lo que cuenta son los aprendizajes que puedan ser llevado a cabo con profundidad. Las enseñanzas bien conseguidas son las que perduran, algo que es difícil de lograr cuando se plantean demasiados objetivos.

Quizás la intención de preparar mejor al alumnado sea la causa de la sobrecarga en los contenidos de los programas educativos. Incluso la premisa *más tiempo mejor educación*, no es demostrable universalmente e incluso se tendría que sustituir por *a menos horas, mejores resultados*, como muestran los resultados del informe PISA (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, 2004) al relacionar el tiempo que pasan los/as alumnos/as en la escuela con la calificación de las pruebas a nivel internacional. Algo similar puede ocurrir en el terreno familiar, no porque los padres estén más horas en casa, garantiza que la relación sea constructiva entre sus miembros, aunque es obvio que un mínimo de horas es deseable.

Por lo tanto, una posible línea de intervención pasa por revisar, sobre todo, la fragmentación y especialización del tiempo en la escuela, así como los modelos educativos y el cambio de actitud respecto a ciertas actividades que realmente favorezcan los aprendizajes.

Es necesario un replanteamiento que refuerce la orientación global e interdisciplinaria y que esté basado en el carácter instrumental de las disciplinas básicas, concebir las actividades evaluativas como actividades de aprendizaje y no como actividades de control, dar una mayor flexibilidad del tiempo escolar, realizando distribuciones más racionales y, finalmente, reconsiderar nuestra percepción respecto a su aprovechamiento.

- La educación es un proceso cualitativo.

La rapidez, la aceleración, la sobrecarga de los programas y los ritmos inadecuados, llevan a una idea cuantitativa de los aprendizajes que deben realizarse. Cuando lo que predomina es esta visión, la solución también se mueve en parámetros similares: cantidad de recursos, número de horas, cantidad de materiales, número de personal...

Memorizar no significa aprender. Aprender para un examen, no significa saber. Saber no significa comprender. La cultura de los aprendizajes cuantitativos puede implicar muchas confusiones. Aprender para comprender esto se hace en un contexto concreto.

Hablar de calidad en el ámbito educativo, implica dar importancia a lo que se hace y no al tiempo que se dedica ni a la cantidad de conocimientos que se aprenden. El aprendizaje de calidad requiere a la vez una evaluación cualitativa. La calidad en la educación significa tener una visión global sobre aquello que los/as niños/as y los jóvenes deben aprender. Actualmente, con materias como Educación para la ciudadanía, con temas transversales en cualquier asignatura o con proyectos recogidos en el Plan de centro, se pone el énfasis en aspectos cualitativos relacionados

con los valores, los conflictos, las relaciones interpersonales, la educación emocional, etc. La educación es de calidad cuando sabe a dónde se dirige, cuál es su intención y finalidad.

La educación cualitativa se basa en la adquisición de estrategias, conocimientos, valores, habilidades, etc. que forman ciudadanos activos de la sociedad. La educación de calidad tiene como meta hacer aprendizajes amplios, profundos, perdurables y con sentido, “lo estrictamente importante en el tratamiento que se hace del tiempo en la educación no es su duración ni es estructuración, sino lo que en él se hace: es decir, lo importante es su «calidad»” (Sacristán, 2008, p.50).

- El tiempo educativo es global e interrelacionado.

Como se ha visto anteriormente, la educación que se hace en la escuela actual abusa de la fragmentación del tiempo educativo. Es necesario replantear dicha segmentación entre diferentes materias, esto es, no puede basar su organización en la división del currículo en horas aisladas. El movimiento lento considera la educación como un proceso dilatado en el tiempo y que durará toda la vida, con diferentes etapas y recorridos que pueden ser complementarios, reforzando la idea de globalidad de los periodos educativos. El objetivo del concepto de educación permanente no debe ser la sucesiva adaptación a las nuevas imposiciones del sistema educativo, sino el pleno derecho al enriquecimiento personal y educativo que todo ciudadano debe tener.

La educación debe ser interdisciplinaria, relacionando constantemente aprendizajes diversos, actitudes, conocimientos, contenidos... quizás aprendidos desde un área concreta, o en momentos y espacios distintos, quedando todos integrados e interrelacionados en el momento de su aplicación para la comprensión, para la adquisición de un nuevo aprendizaje o para la acción. Para el aprendizaje la experiencia escolar debe tener la función integradora que ningún otro espacio ofrece. Ésta es una de las funciones claves de la escuela en la sociedad actual. La educación formal debe tener en cuenta esta globalidad de espacios para el aprendizaje y debe convertirse en un ámbito en el que confluyen todos y, de este modo, se puedan contrastar y trabajar.

- Las construcciones de un proceso educativo deben ser sostenible.

El proceso educativo que relaciona pasado y futuro en el presente de la acción pedagógica, es la que favorece un conocimiento más profundo. En primer lugar, el acto educativo debe saber nutrirse de las aportaciones que provienen del pasado. Si se entiende la educación en profundidad, se debe considerar el pasado con una fuente de experiencia y de referentes que deben tener

continuidad. No debe verse en el pasado una limitación al cambio, a la innovación, sino todo lo contrario. Hay que buscar aquellos elementos que son fruto de la reflexión y que definen proyectos y propuestas, tratar de potenciarlos y darles más fuerza.

En segundo lugar, no se pueden plantear cambios si no se conoce en profundidad la realidad que se quiere mejorar. El presente educativo es el resultado de las medidas que se tomaron anteriormente. Por lo tanto, todos estos aspectos son claves si interesa propiciar un proceso continuo de mejora.

Y finalmente, una visión del pasado más integradora de las experiencias que aporta debe complementarse con una visión prospectiva respecto al futuro. El futuro también es una dimensión importante porque las decisiones que se toman en la actualidad, más tarde tendrán, evidentemente, consecuencias. La educación debe saber equilibrar pasado, presente y futuro. Hargreaves y Fink (2008) señalan que “la educación sostenible, tiene en cuenta esta visión integradora del tiempo educativo y, sobre todo, valora y sopesa estas decisiones que tomamos hoy. No se puede garantizar la continuidad de los proyectos sin esta perspectiva” (Domènech, 2009, p.107).

- Cada niño y cada persona necesita su tiempo para el aprendizaje.

El proceso de aceleración presente hoy en día en todas las esferas de nuestra vida, se ha empoderado de los ritmos de aprendizaje de cada individuo, conduciéndonos a la idea de que todos/as los/as niños/as pueden aprender al mismo ritmo y de la misma manera para obtener buenos resultados. Esta noción ha ido acompañada de la creencia de que, para una determinada edad, los contenidos aprendidos deben ser los mismos. Pero es justamente lo contrario, se evidencia de que ningún/a alumno/a aprende de la misma manera ni adquiere los conocimientos en el mismo momento, lo que fundamenta la atención al alumnado.

Atender la diversidad en el ámbito educativo requiere, entre otras cosas, respetar el ritmo de aprendizaje que tiene cada persona. Por lo tanto, si se entiende la educación lenta como una manera de encontrar el tiempo justo que cada persona necesita para hacer sus aprendizajes, se verá la relación entre estas dos ideas. No puede haber una atención a la diversidad del alumnado sin reivindicar el tiempo que cada aprendiz necesita para realizar sus aprendizajes.

Cuban (1995) señaló que este reloj es el más difícil de leer, porque es difícil separar el aprendizaje que tiene lugar en casa y otros aprendizajes que se dan fuera de la escuela. Puede manifestarse años después de que haya acabado la escolarización formal, ya que la velocidad y el estilo de aprendizaje de los niños varían (Carbonell, 2015, p.159).

- Cada aprendizaje debe realizarse en su momento.

En la vida diaria se hacen afirmaciones que se refieren a la evolución de los/as niños/as y que manifiestan muy poco respeto por este ritmo evolutivo. En las etapas tempranas no se debe romper ningún estadio, ni ningún paso previo, porque asientan las bases para los aprendizajes posteriores y más complejos.

Así se puede desmentir el mito de los tres años, que hace referencia a que en los tres primeros años de vida el/la niño/a tiene que aprender todo aquello que es esencial y que pasada dicha edad, ya no es posible compensar alguna carencia que se haya podido detectar. Se debe evitar caer en comparaciones ni generalizaciones, pues cada individuo es singular y no se debe situar cada aprendizaje en un tiempo concreto.

En educación, antes no es siempre mejor y hay que esperar el tiempo apropiado en que se debe hacer cada aprendizaje. Cuando las actividades dan un resultado inmediato, pero efímero, se puede decir que es una tarea que no sirve para consolidar ningún aprendizaje.

La educación lenta defiende que cada aprendizaje tiene un tiempo óptimo para ser desarrollado, madurado y alcanzado. Esta idea es complementaria con la que tiene presente que hay que tener en cuenta el ritmo de aprendizaje de cada persona. La anticipación en la realización de algunos aprendizajes no conlleva de forma necesaria una más rápida y mejor adquisición de los mismos.

David Elkind (1987), en su obra *la educación errónea*, formuló el concepto de “niño acelerado o apresurado” donde demostró las consecuencias que tiene esta situación para la evolución de los/as niños/as. Elkind explicó que cuando se aplican medidas compensatorias en la mayoría del alumnado, no solamente en aquellos que lo necesitan, se produce alumnos/as más ansiosos/as y menos creativos/as. Por lo tanto, no se puede generalizar la metodología a aplicar pues cada individuo aprende de una manera diferente y se debe respetar cada ritmo evolutivo.

La actual economía globalizada promueve ideas de competitividad que se expanden a diferentes esferas de la vida cotidiana, llegando al ámbito educativo y familiar. Organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), Unión Europea (UE)... realizan informes a nivel mundial que arrojan conclusiones sobre los sistemas educativos de diferentes estados. Estos datos constituyen la base para las reformas y las políticas educativas que cada estado impulsa, representando en muchas ocasiones, una presión externa que obliga a introducir cambios y “mejoras” en el sistema educativo. Pero la presión y la competitividad hacen que incluso los países que están mejor clasificados mundialmente se planteen

nuevas reformas y propuestas de cambios, convirtiéndose éstas en una de las causas de la realización de aprendizajes antes de tiempo.

Hoyuelos (2007) señaló que dar tiempo a los niños sin anticipaciones innecesarias significa saber esperarles allí donde se encuentran en su forma de aprender. Existe un verbo en castellano, tal vez en desuso, que define muy bien este asunto: «aguardar». Aguardar significa esperar con esperanza a alguien; dar tiempo o esperar a alguien mientras se mira lo que hace, con respeto, con aprecio o estima (Domènech, 2009, p.118).

- Para conseguir aprovechar mejor el tiempo, hay que priorizar y definir las finalidades de la educación.

En el contexto de una sociedad en la que hay más tiempo que nunca (cada día las distancias se acortan gracias a los avances en los medios de transporte, las mejoras en medios de comunicación hacen más fácil e instantáneo la comunicación, los adelantos en medicina alargan muchísimo la esperanza de vida...) algo está fallando cuando muchas personas pronuncian la frase “no tenemos tiempo”.

Ante las continuas afirmaciones de que “no tenemos tiempo suficiente”, hay que ver cómo se puede priorizar las actuaciones a realizar. La educación lenta precisa definir las intenciones y finalidades educativas para así poder priorizar las actuaciones a realizar. Para el movimiento educativo lento esta es la manera de lograr aprendizajes profundos, perdurables en el tiempo y que lleguen al máximo número de personas posible. Stoll, Fink y Earl (2004) afirmaron que “el problema no es la falta de tiempo sino el uso que hacemos de él” (Domènech, 2009, p.119).

En el día a día de las escuelas, muy pocas veces se empieza con una reflexión que marque la intención que se quiere alcanzar al realizar una determinada actividad, sino que se está más obsesionado por el cuándo y el cómo, ignorando el por qué. Con esta perspectiva, la actividad pasa a estar supeditada a las condiciones que, de una forma ajena a la misma actividad, marcan tiempo y espacio y, por lo tanto, se halla limitada por estas dos variables.

Prevaler implica analizar lo que es básico, pero teniendo en cuenta los procesos y no tanto los resultados, es decir, la calidad prima frente a la cantidad. En el mundo educativo, no todos los sectores coinciden respecto a cuáles son las prioridades. Así, hay veces que la administración educativa define una lista interminable de objetivos y contenidos a alcanzar. Reducir la sobrecarga de conocimientos que deben ser adquiridos es una primera meta para poder priorizar, seguido de la búsqueda de la transversalidad del currículo, ya que éste facilita la incorporación de aprendizajes en un contexto más interrelacionado.

Para priorizar es necesario conocer el contexto en el que se desarrolla la actividad, tratando de equilibrar lo que es importante para la sociedad, para el alumnado, así como para la comunidad educativa. En definitiva, priorizar es ser sensible y mantener una actitud constante de escucha respecto a las necesidades, intereses y capacidades del alumnado.

Por lo tanto, querer aproximarse al problema del tiempo educativo desde los principios de la desaceleración no solo permitirá ganar más tiempo, a la vez que se profundiza en su uso cualitativo sin malgastar tiempo en actividades inútiles, sino que, además, se encontrará sentido a lo que se hace y el alumnado encontrará más sentido a su aprendizaje, aumentado así su motivación.

- La educación necesita tiempo sin tiempo.

Se comete un error cuando se piensa que imponiendo un tiempo de actividades para lograr aprendizajes se conseguirá automáticamente un mejor rendimiento. El proceso educativo requiere pausas en las que se pueda recuperar el ritmo de la actividad, no estar limitados por horarios absolutamente llenos.

Guy Claxton, en su libro *Cerebro de libre, mente de tortuga* (1999), expone como es necesario que exista un tiempo que no tenga ninguna clase de limitación y en el cual el pensamiento pueda divagar, entretenerse o llegar a no pensar. Explica lo importante que es este tiempo, que no implica ningún tipo de actividad organizada, ni previsión ni finalidad explícita. En el proceso educativo, este tiempo es imprescindible. Solo si los/as niños/as recuperan el tiempo que les es propio podrán disponer de este tiempo en el que las agujas del reloj no corren.

La observación sin ningún tipo de actividad paralela es una acción muy productiva. El aprovechamiento en la escuela no pasa por su ocupación absoluta. Es necesario tener en cuenta este tiempo imprescindible no regulado, casi perdido, para poder asentar los aprendizajes con más profundidad. En la escuela hay un tiempo no formal que también es educativo. El tiempo del recreo es un tiempo importante porque también cumple esta finalidad.

Tener tiempo también implica disponer de éste sin organizar. Hay que dejar espacios muertos, momentos para los individuos, periodos no estructurados, no formalizados ni reglamentados, y con actividades que no estén sujetas a un plan ni a ninguna orden del día, tanto en la escuela como en la vida diaria. Ésta es una necesidad plenamente educativa. Distraerse, encantarse, poder echar un vistazo, mirar, meditar, pensar, abstraerse: poco a poco, despacio, gradualmente... Es el tiempo que ayuda a tomar decisiones, orientar caminos, aprendizajes, a desencallar una situación compleja.

Carbonell (2001) expuso que la sobrecarga disparatada de contenidos es un grave error pedagógico y obliga al profesorado a realizar una carrera frenética y obsesiva por terminar el programa. Entonces, con las prisas, ni se asimila ni se profundiza en el conocimiento y, por lo general, se recurre únicamente al libro de texto y a la memorización. El conocimiento requiere tiempo y diversas actividades atractivas para su sólido aprendizaje. Por eso, el almacenamiento incontrolado de contenidos es uno de los peores enemigos de la innovación (Carbonell, 2015, p.160-161).

- Hay que devolver tiempo a la infancia.

La educación lenta defiende la devolución del tiempo a los/as niños/as para que una parte de éste pueda ser gestionada por ellos mismos. Propone darles tiempo libre y autónomo, que haga posible su desarrollo armónico. Cuando los adultos planifican excesivamente el tiempo de los/as niños/as, se les está negando la oportunidad de organizarse ellos mismos y de gestionar su propio tiempo para realizar las actividades que quieran y necesiten hacer de forma natural. Dar tiempo libre y crear espacios para uso de los/as alumnos/as es del todo necesario tanto a nivel escolar como fuera del aula. Es imposible que aprendan a gestionar el tiempo, aprendizaje básico en la sociedad actual, si no se dispone de él.

La devolución de tiempo a los/as niños/as no implica dar una libertad absoluta. Ésta debe hacerse desde una perspectiva constructiva y plenamente educativa. Los/as niños/as aprenden a través del juego, de la interacción con otros/as niños/as y adultos, de la exploración, observación e investigación, y de relacionarse con su entorno. En edades tempranas, el periodo de la infancia es una etapa centrada en el juego. La sociedad actual parece haber olvidado esta afirmación de Rousseau (1997) “la infancia tiene su manera de ver, de pensar y de sentir, y sería muy estúpido que intentáramos sustituirla por la nuestra” (Honoré, 2005, p.259).

- Debemos repensar el tiempo de las relaciones entre adultos y niños.

Hoy en día existe una amplia oferta de actividades educativas no formales que pueden ocupar todo el tiempo libre de los jóvenes y adultos, privándoles de la posibilidad de una relación más intensa entre ambos colectivos.

Repensar la relación entre adultos y niños/as en el ámbito educativo puede suponer que los aprendices puedan tener más tiempo para hablar con sus tutores/as, encontrar en sus docentes a personas que se preocupan de sus aspectos personales relacionados con sus estudios y sus aprendizajes. Éste es un tiempo muy valioso que incide directamente en la respuesta del alumnado en relación con sus aprendizajes. Es un tiempo que hay que preservar y potenciar, volviendo a humanizar la relación profesor/a-alumno/a.

Zavalloni (2008) manifestó que (...) se trata de estrategias de cooperación didáctica o de tutoría que puedan hacer desaparecer, por ejemplo, el fenómeno de la competencia entre alumnos y de la competición. En definitiva, se trata de quitar de nuestra cabeza el concepto de aprovechamiento didáctico. Competición, resultados, evaluación, monitorización, estándares académicos... son palabras que pertenecen al frenético, trepidante y eficiente mundo económico, y no al escolar (Carbonell, 2015, p.161).

- El tiempo de los educadores debe definirse.

Los educadores forman parte de la sociedad y, por ende, están igualmente contagiados por la velocidad imperante. El tiempo de los profesionales de la educación ha de redefinirse con una nueva perspectiva que tenga en cuenta su dimensión profesional y vital, rompiendo ritmos estresantes y previendo espacios no formales de relación y formación.

Una de las claves del movimiento por la educación lenta es la paciencia, la capacidad de saber esperar. Las prisas de la administración educativa producen apresuramientos en las escuelas, siendo necesario volver a reivindicar el valor de la espera, pues las prisas no solucionan nada, solo producen efectos secundarios negativos.

Para conseguir unos buenos aprendizajes para todo el alumnado, es tan importante el periodo que los docentes destinan a coordinarse, trabajar en equipo, intercambiar y reflexionar sobre su trabajo, como el tiempo que éstos destinan directamente a estar en el aula. Desacelerar la actividad de estos profesionales debe ser un objetivo a perseguir. En la escuela Els Alocs (Barcelona), preocupados por la gestión del tiempo tanto del alumnado como del profesorado, fomentan el intercambio y la interacción entre sus docentes, potencian el/la maestro/a generalista y la convivencia entre los componentes del equipo educativo (Carbonell, 2015).

Debido al carácter conservador de la escuela, es preciso la dosificación de construcción y reconstrucción permanente para convertirla en un organismo vivo que aprenda y crezca en su aprendizaje. Para caminar en esta línea la actitud del profesorado es clave. Así, en la elaboración de los proyectos educativos debe participar todo el claustro, partiendo de lo que cada uno realiza en su aula y compartiendo y consensuando los cambios y las propuestas de mejora para que perduren.

Consecuentemente, la organización temporal no puede dar como consecuencia un único horizonte planificado y que no contemple un margen para la improvisación. Para que puedan funcionar instituciones como la escuela tiene que haber un lapso no programado ni organizado. El replanteamiento del tiempo del profesorado, de su proceso formativo, obedece a los mismos parámetros que los aprendizajes en el aula: calidad y no cantidad, priorizar y marcar finalidades, adecuar los planes al tiempo que necesita para desarrollarse plenamente y no al revés... La ralentización de los procesos educativos debe tranquilizar y disminuir la angustia de los/as maestros/as.

Finalmente, incidir en el alcance de reservar tiempo para la planificación e improvisación, para el aprendizaje de nuevas experiencias, para poder observar, investigar y reflexionar sobre la práctica docente y poder definir las próximas metas.

Sanmartí (2007) indicó que la pregunta que a menudo se plantea [el profesorado] se refiere al tiempo necesario para llevar a cabo actividades de regulación en relación con tareas complejas. Es el eterno dilema entre, por un lado, el trabajo lento y en profundidad, con resultados no siempre inmediatos, pero muy eficaz a largo plazo; y, por otro, un trabajo superficial rápido que en múltiples ocasiones se ha demostrado que no tiene futuro (Domènech, 2009, p.70).

- La escuela ha de educar el tiempo.

Es curioso como en los centros educativos los/as alumnos/as hacen uso la agenda escolar para someterse a una organización del tiempo marcado por los docentes, que no da la posibilidad real de poder gestionarlo. Para transmitir una concepción diferente de éste, educar sobre cómo administrar el tiempo debe ser una finalidad prioritaria de la educación formal y ha de ser incluida en su currículo. Dicho de otra manera, se tiene que convertir el aula en un espacio de comunicación, de aprendizaje, de relación... donde el conocimiento se construya individualmente y socialmente, respetando los ritmos de los diferentes individuos y de la comunidad.

Las escuelas deben educar para la pausa, en un periodo realmente educativo y contra la velocidad indiscriminada que no respeta el ritmo de aprendizaje ni la duración necesaria para que los procesos educativos se consoliden. “En todas las aulas hay un reloj, pero a todos los maestros le falta tiempo” (Domènech, 2009, p.146).

- La educación lenta forma parte de la renovación pedagógica.

La educación lenta pretende mejorar los resultados educativos a partir de una nueva perspectiva más profunda y pausada de los procesos formativos, respetando sus ritmos específicos. Para que el aprendizaje sea más efectivo, debe ser lento en los aspectos educativos importantes.

Retardar y desacelerar mejora la educación y hace que los procesos puedan ser más satisfactorios para todo el alumnado ya que articula dinámicas menos excluyentes y más cohesionadoras, ganando en profundidad, extensión y efectividad. La renovación pedagógica se debe realizar de forma progresiva, marcando metas reales y posibles. Aunque en un principio todos estos planteamientos sean asumidos individualmente, es clave extender esta mirada lenta sobre la educación al resto de la sociedad.

3.3. Defensa de la educación lenta.

Hoy en día, se puede pensar que la crisis educativa se debe al desinterés de los jóvenes por los estudios, pero puede ser que no se esté formulando bien la pregunta. Contenidos irrelevantes para el alumnado, limitación de sus posibilidades educativas personales, sometimiento a las leyes de la competitividad y la eficiencia, sobredimensión de determinadas materias, entre otras, son parte de las características que definen el modelo educativo actual.

La escuela lenta debe garantizar un tratamiento diferente de estos aspectos y formular la línea de un profundo proceso de renovación del sistema educativo. Para ello se plantea volver a experiencias educativas como la creatividad, el pensamiento crítico, la motivación, la persistencia, el entusiasmo, la autoconciencia, la autodisciplina, la empatía, el liderazgo, etc. aspectos que siempre escapan de los resultados y son difícilmente medibles con la realización de determinadas pruebas.

Giner de los Ríos (1905) afirmó que todas las críticas ponen un gran interés en condenar el mecanismo nivelador del examen. Por sus resultados, se pone en la “hoja de estudios” del alumno una etiqueta que en realidad no tiene nada que ver con el estudio, ni con las aptitudes del interesado, excepto para examinarse. Saber no es lo mismo que responder a un programa. El objeto es tan distinto como las facultades que exigen respectivamente uno u otro fin (Carbonell, 2015, p.149).

La educación lenta propone resistir la velocidad, sinónimo de su propia superficialidad, centrarse en aspectos cualitativos frente a los cuantitativos, rechazar la penalización de la lentitud, rebatir el activismo sin intencionalidad, en suma, plantea una reflexión global sobre el tiempo en la educación, donde la velocidad se ajuste a cada momento y cada persona, para que ésta pueda recuperar un papel más activo en la formación y el desarrollo de los individuos. Claxton (1999) indicó que “la mayoría de situaciones educativas requieren de un tiempo de reflexión en el que deberá sopesar pros y contras, analizar las posibles consecuencias, debatir otras posibles alternativas, consensuar respuestas... En suma, se trata de un tiempo deliberativo” (Domènech, 2009, p.77).

Quizás la conciencia de los jóvenes está más despierta que la de los docentes y sean capaces de ver el poco interés que despierta el método de educación actual. Es imprescindible romper las barreras que impiden el desarrollo motivacional del alumnado. Es urgente el desarrollo de la creatividad y del trabajo colaborativo frente a la competencia en las aulas, trabajar la educación emocional, como herramienta básica para evitar problemas de convivencia y la inversión en equidad educativa con una mayor apuesta por la educación pública.

(...) En muchos de los aspectos de la vida, hacer las cosas poco a poco se asocia con un profundo placer. (...) Si queremos que nuestros niños, en su proceso educativo, puedan comprender en profundidad la variedad de la experiencia humana y aprender cómo pueden contribuir en él, debemos darle la oportunidad de hacerlo (Holt, 2002).

3.4. Rechazo a la educación lenta.

A pesar de todos los beneficios y mejoras que persigue la educación lenta, ésta no está libre de críticas. En primer lugar, el movimiento Slow se enfrenta a grandes obstáculos, el mayor de ellos los propios prejuicios y el rechazo de la sociedad actual. Incluso cuando se anhela ir más despacio, se siente obligado por una mezcla de deseo, inercia y temor a apresurar el ritmo. Se debe ser consciente que mientras rápido equivale a controlador, agresivo, estresado, apresurado, superficial, impaciente... lento es todo lo contrario sereno, cuidadoso, receptivo, intuitivo, paciente, reflexivo... Es necesario valorar todos estos adjetivos positivos que describen un modelo de vida educando en la lentitud frente a la aceleración que impone la sociedad moderna. “En un mundo diseñado para la celeridad, a la tortuga todavía le queda por delante una larga tarea de persuasión” (Honoré, 2005, p.281).

En segundo lugar, la aplicación de metodologías lentas por profesionales que quieren innovar, se vuelve contraproducente al pretender trabajar en la lentitud dentro de sus aulas y verse obligados a acelerar fuera de ellas. Según Carbonell (2015), las consecuencias de las políticas educativas, centradas en el corto plazo y con una estructura organizativa muy burocratizadas controlan la distribución de la jornada escolar, el currículo y la evaluación expresada en cifras.

Acaso (2013) advirtió que los estudiantes llegan corriendo de la clase anterior, tardan en sentarse, en organizarse. Comienza a hablar la profesora. A los cinco minutos empieza a producirse la desconexión, el aburrimiento, el mandar a callar, el desaprendizaje. Los tiempos que manejamos en los entornos educativos están enfermos y producen personas enfermas, pero trabajamos el tiempo en la educación (especialmente, la educación formal) y transformarlo en slow educación es posible, aunque solo contemos con 45 minutos de clase (Carbonell, 2015, p.160).

En tercer lugar, es cierto que la educación lenta carece de una estructura formal y que todavía no ha sido suficientemente reconocida. Por consiguiente, no existe ninguna fórmula de aplicación general para ir más despacio, ningún manual universal de la lentitud correcta pero cada vez más personas descubren que ir más despacio les permite profundizar más en las cosas, en vez de rozar solo la superficie.

En cuarto lugar, los detractores que rechazan la educación lenta, la consideran una corriente pasajera o una pedagogía marginal que nunca será oficialmente aceptada, pero es que se trata de una

corriente pedagógica renovadora que aún hay que explorar, estudiar y explotar. Desde luego, “el llamamiento a reducir la velocidad no ha detenido la aceleración del mundo” (Honoré, 2005, p.281), pero éste ha venido para quedarse.

Finalmente, se critica que una metodología centrada en el/la niño/a, es más apropiada para un alumnado más capacitado académicamente o procedente de un ambiente socio-familiar de mayor poder adquisitivo y preocupados por la educación de sus hijos/as, es decir, solo será un privilegio de ciertos colectivos. Evidentemente, el movimiento Slow está íntimamente relacionado con un nuevo planteamiento del materialismo que dirige la economía globalizada. Es cierto que algunas manifestaciones de este movimiento no son apropiadas para todos los presupuestos, pero la mayor parte sí que lo son: caminar, cocinar, meditar, leer, pasar más tiempo con los/as amigos/as y la familia... no cuestan nada. Según Doménech (2010) es justamente en entornos familiares y sociales más deficientes donde la educación lenta obtiene mejores resultados, pues es donde se desarrolla su función de extinción de las desigualdades sociales, respetando el ritmo de cada uno y ayudándolos a alcanzar sus objetivos. “Resistirse al impulso de ir más rápido es gratuito” (Honoré, 2005, p.283).

4. Conclusiones

El objetivo general planteado en este Trabajo Fin de Máster ha sido la reflexión sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje actual y las posibles mejoras educativas al aplicar los principios de la educación lenta. Este objetivo principal se concretó en la identificación de las ventajas obtenidas al aplicar la lentitud en las actividades educativas tanto dentro como fuera del aula, la identificación de los principios generales que rigen esta pedagogía y el reconocimiento de sus principales defensores.

Tras esta revisión bibliográfica se ha comprobado que es necesario reducir la velocidad, ralentizar el ritmo en educación tanto del alumnado como del profesorado para alcanzar una situación de equilibrio, en la que las actividades se pueden realizar a la velocidad adecuada y con disfrute. “El mundo es un lugar más rico cuando hacemos sitio para diferentes velocidades” (Honoré, 2005, p.281).

Por un lado, entre los beneficios que se extraen al cambiar el ritmo educativo, se pueden resaltar, la adquisición de conocimientos más profundos, un mayor espacio para el juego desestructurado, el fomento de la creatividad y entusiasmo por aprender. Además, se busca el desarrollo del pensamiento crítico entre el alumnado, así como padres y profesorado menos exigentes. Este movimiento reivindica una forma alternativa de vida, de cultura y de relaciones personales.

A nivel educativo, se propone un nuevo punto de vista sobre el tiempo y su influencia en los procesos educativos, un replanteamiento individual y colectivo que afecte al marco escolar, al familiar y al social. El cambio que se quiere es una modificación que afecte a los comportamientos de las personas y que devuelva a la educación su profundo sentido emancipador y cultural, siendo muy importante el factor emocional. Muchas personas descubren que ir más despacio les permite profundizar más en las cosas, en vez de rozar solo la superficie (Honoré, 2005).

(...) aunque estas innovaciones requieren siempre renovarse, enriquecerse y consolidarse, sirven de faro para un montón de educadores y educadoras que piensan y luchan cada día para convertir en sueño el anhelo de una educación innovadora, socialmente equitativa, culturalmente poderosa y totalmente libre. Vaya, la EDUCACIÓN en mayúscula (Carbonell, 2015, p.18).

Por otro lado, la puesta en práctica del movimiento Slow Schooling se está encontrando con algunas limitaciones pues para la sociedad moderna la lentitud tiene connotaciones negativas, los docentes que quieren innovar se encuentran con las barreras impuestas por la administración y existe cierto desconocimiento acerca de esta pedagogía emergente, entre otras.

La educación lenta debe ser una corriente de opinión, un camino en el que se pueden incorporar instituciones educativas, colectivos, escuelas, sectores de la población, etc. para favorecer la reflexión individual y colectiva y poner en cuestión realidades demasiado aceptadas y tópicos claramente evidentes. Es decir, la educación lenta está alertando de la situación actual y de las posibles mejoras educativas, que serán las herramientas necesarias para vivir y sobrevivir en la sociedad actual y futura.

El fundamento central del movimiento Slow es el de tomar el tiempo necesario para hacer las cosas como es debido y, en consecuencia, disfrutando de ellas. A día de hoy, el gran interrogante es saber cuándo la actitud individual sobre los beneficios de la lentitud se convertirá en una verdadera actitud colectiva (Honoré, 2005).

La educación debería focalizarse en la totalidad del desarrollo del niño/a, no solo en las habilidades instrumentales básicas sino en la transmisión de valores que doten al alumnado de las herramientas necesarias para tener éxito académico y vital, y asegurar que los/as alumnos/as sean capaces de seguir aprendiendo durante toda su vida y estén preparados para adaptarse a nuevas situaciones. En definitiva, se busca la educación integral del individuo, ya que, sin una educación centrada en el desarrollo humano, difícilmente se tendrá una sociedad mejor. Muchas personas, en vez de hacerlo todo más rápido, están desacelerando y, al hacerlo, descubren que la lentitud les ayuda a vivir, trabajar, pensar... mejor (Honoré, 2005).

A pesar de las posibles nubes oscuras que se vislumbran en el horizonte más cercano, hay que ser capaz de reaccionar ante las diferentes llamadas de atención y reconducir la educación hacia una situación equilibrada, pues la formación de las futuras generaciones está en nuestras manos. “El movimiento Slow está en marcha” (Honoré, 2005, p.280). La escuela tiene el poder de crear un estilo de sociedad, donde es necesaria la implicación de todos los agentes sociales. “Let the slow times roll!” (Holt, 2002).

5. Bibliografía

Acaso, M. (2013). *rEDUvolution. Hacer la revolución en la educación*. Barcelona: Paidós.

Asociación Cittaslow – Red de Municipios por la calidad de vida. (2017). *Cittaslow promueve la utilización de tecnologías*. Recuperado de <https://www.cittaslow.es/educacion/>

Aula Planeta. (2018). *Sin prisa, pero sin pausa: pedagogía lenta*. Madrid. Editorial Planeta S.A. Recuperado de <https://www.aulaplaneta.com/2018/01/22/recursos-tic/sin-prisa-sin-pausa-pedagogia-lenta/>

Bauman, Z. (2006). *Vida líquida*. Barcelona. Paidós.

Cabanellas, I. y otros (2007). *Ritmos infantiles*. Barcelona. Octaedro.

Claxton, G. (1999). *Cerebro de liebre, mente de tortuga*. Barcelona. Urano.

Decrecimiento. (5 de abril de 2019). *La filosofía Slow* [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://www.decrecimiento.info/2019/04/la-filosofia-slow.html>

Domènech, J. (2009). *Elogio a la educación lenta*. Barcelona. Graó.

Donaire, G. (2020). *Una empresa de Jaén, pionera en implantar la jornada laboral de cuatro días a la semana*. El país. Recuperado de https://elpais.com/economia/2020/01/10/actualidad/1578657540_514696.html

Educación 3.0. (4 de julio de 2018). *Joan Domènech: “No se deben penalizar los diferentes ritmos de aprendizaje”*. Recuperado de <https://www.educaciontrespuntocero.com/entrevistas/joan-domenech-educacion-lenta/>

El diario de la educación. (2016). *Una escuela funciona cuando el maestro entiende que lo es de todo el centro, no de su clase*. [Mensaje en un blog]. Recuperado de

<https://eldiariodelaeducacion.com/blog/2016/09/21/joan-domenech-una-escuela-funciona-cuando-maestro-entiende-lo-centro-no-clase/>

Elkind, D. (1987). *La educación errónea, niños preescolares en peligro*. México. FCE.

Fundación Créate. (16 de junio de 2015). *Educación lenta o dar tiempo al tiempo*. Recuperado de <http://www.fundacioncreate.org/2015/06/16/educacion-lenta-o-dar-tiempo-al-tiempo/>

Gimeno Sacristán, J. (2008). *El valor del tiempo en educación*. Madrid. Morata.

Hargreaves, A., Fink, D. (2008). *El liderazgo sostenible*. Madrid. Morata.

Holt, M. (2002). *It's Time to Start the Slow School Movement*. [Es la hora de las escuelas lentas]. Recuperado de <https://www.semanticscholar.org/paper/It%27s-Time-to-Start-the-Slow-School-Movement%3A-Holt/e6fcf68834015430acffd2f67048568205d20272>

Honoré, C. (2005). *Elogio de la lentitud*. Trad. V. de Fibla. Barcelona. RBA. (Original en inglés, 2004).

Honoré, C. (2008). *Bajo presión*. Barcelona. RBA.

Innerarity, D. (2013). *La sociedad de los advenedizos*. El País. Recuperado de <https://www.danielinnerarity.es/opinion-preblog-2017/la-sociedad-de-los-advenedizos/>

Levine, R. (1997). *Una geografía del tiempo*. Madrid. Siglo XXI.

Organización Mundial de la Salud. (2013). *Estrategias de la OMS sobre medicina tradicional 2014-2013*. Recuperado de <https://apps.who.int/medicinedocs/documents/s21201es/s21201es.pdf>

Organización Mundial de la Salud. (2004). *Nuevas directrices de la OMS para fomentar el uso adecuado de las medicinas tradicionales*. Recuperado de <https://www.who.int/mediacentre/news/releases/2004/pr44/es/>

- Rodríguez, J. (2012) Blog Herbario virtual de interés. Educación y entorno. La educación lenta. Recuperado de <http://www.educacionyentorno.es/blog/libros/la-educacion-lenta-2>
- Rousseau, J. (1997). *Emilio o de la educación*. Madrid. Alianza Editorial.
- RTVE (10 de septiembre de 2019). *Los alumnos de secundaria españoles tienen más horas de clase, pero no mejores resultados* [online]. Recuperado de <https://www.rtve.es/noticias/20190910/alumnos-secundaria-espana-estan-mas-clase-media-ocde-no-se-traduce-mejores-resultados/1978959.shtml>
- Sanmartí, N. (2007). *Evaluar para aprender*. Barcelona. Graó.
- Stoll, L., Fink, D., Earl, L. (2004). *Sobre el aprender y el tiempo que requiere*. Barcelona. Octaedro.
- Trilla, J., Cano, E., Carretero, M., Escofet, A., Fairstein, G., Fernández Fernández, J.A., ... Vila, I. (Ed.) (2007). *El legado pedagógico del siglo XX para la escuela del siglo XXI*. Barcelona. Ed. Grao, de IRIF. S.L.
- Trilla, J. (1998). *Aprender, lo que se dice aprender*. Barcelona. Octaedro.
- Zavalloni, G. (2011). *La pedagogía del caracol. Por una escuela lenta y no violenta*. Trad. V. de Massana. Barcelona. Graó, de IRIF. S.L. (Original en italiano, 2008).